

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Jacinto Fombona: *La Europa necesaria. Textos de viaje de la época modernista*. Rosario: Beatriz Viterbo (Ensayos críticos) 2005. 255 páginas.

La cantidad de relatos de viaje que en la cultura de Occidente se ha producido desde la Antigüedad grecorromana es abrumadora. Asimismo abrumadora es también la cantidad de estudios sobre este género de texto, aunque el surgimiento de la reflexión sobre la experiencia viajera sea bastante posterior al viajar en sí y su resultado: el relato de viaje. Esta reflexión se halla a menudo entretrejida con la narración del viaje propiamente dicho, de modo que el estudio de la mayoría de los relatos de viaje resulta ser un estudio de segundo grado. Mientras que este estudio aspira a dialogar principalmente con estudios anteriores sobre el viajar y la experiencia viajera, el análisis de un texto de viaje, por su parte, se convierte en una meta-metacrítica, en la cual el texto estudiado corre a menudo el peligro de transformarse en mero pretexto de una reflexión autocomplaciente.

A partir del Renacimiento tardío, los relatos de viaje en la cultura de Occidente empiezan a subdividirse en dos grandes grupos: el relato de viaje de formación (*Bildungsreise*), que se concreta en el relato y guía del *grand tour*, y el relato de viaje de exploración (*Forschungsreise*), de más vieja raigambre, aunque no es descabellado argüir que en cierto modo ya Herodoto practicó ambas formas de viajar. En el transcurso del siglo XVIII surge una nueva forma de viajar, el viaje del esteta de gustos refinados, cuya característica consiste en la vivencia por parte del viajero de una experiencia personal e inconfundible a través del encuentro con los

paisajes, las obras de arte y los monumentos visitados. En el relato de su periplo este viajero dialoga a menudo con imaginarios preexistentes o experiencias anteriores a las suyas, con las que dice coincidir o, más frecuentemente, disentir. La mezcla típica de sensación y reflexión convierte este tipo de relato de viaje en literatura, sin que por eso deje de ser un texto cuya base fáctica permanece comprobable. Al mismo tiempo, el relato y guía del *grand tour* se transforman en guía turística, cuya expresión más conocida será el *Baedeker*, despreciado por el viajero esteta en busca de sensaciones exquisitas (no obstante también consultado por él dada su evidente utilidad).

En la época de consolidación del sistema socioeconómico y cultural de las naciones hispanoamericanas después de la Independencia (1885-1920), el viaje del esteta de gustos refinados, a veces financiado por alguno de los grandes periódicos hispanoamericanos (o españoles) de la época, se hizo también frecuente entre los intelectuales del Modernismo hispanoamericano, que representaban la vanguardia literaria y artística hispánica de aquel entonces. A diferencia de los relatos de viajeros europeos (ingleses, franceses o alemanes en su mayoría), empero, sus textos de viaje se han estudiado poco, de modo que el libro de Jacinto Fombona sobre los relatos de viaje de la época modernista hubiera podido resultar sumamente bienvenido, si no fuera, a menudo, tan aleatorio en su análisis, y asistemático en su base material.

Fombona organiza su libro en cinco capítulos, más un preámbulo y una nota final “a modo de conclusión” (p. 229). En el preámbulo (pp. 9-23) se esfuerza por plantear el propósito de su trabajo de leer

los textos de viaje del Modernismo hispanoamericano como expresiones de una práctica cultural, a través de la cual “la naciente burguesía hispanoamericana” (p. 11) buscaba afianzarse como parte integrante, aunque periférica, de la modernidad. Este propósito lleva al crítico (casi necesariamente, se diría) a limitar los textos de su corpus (nunca establecido con precisión) a los relatos de viaje a Europa, entendida como encarnación del futuro (en la perspectiva hispanoamericana de aquel entonces), al cual se esperaba, o incluso se estaba seguro de llegar. Por su parte, Fombona (asimismo gran viajero, como da a entender) viaja a través de los textos escogidos, coleccionando sensaciones como los viajeros del Modernismo las coleccionaran en sus viajes. Sin embargo, la identificación simplificadora del viajero modernista con la burguesía hispanoamericana que el crítico aplica, tiende a borrar la línea divisoria celosamente marcada por los autores modernistas entre ellos y el típico burgués¹, por mucho que profesionalmente también escribieran (y tuvieran que escribir) para él.

El segundo capítulo del libro de Fombona después del preámbulo y algunas páginas un tanto vagas sobre la “arqueología del viaje europeo” (pp. 25-66), cuyo punto de arranque son el breve ensayo *Of travel* de Bacon y un Montaigne de segunda mano², está dedicado al viaje moder-

nista a París (pp. 67-107). Aquí, el crítico deja de profundizar en sus numerosas elucubraciones en el porqué de la admiración de los modernistas por el París de fin de siglo, la cual, por una parte, radicaba en el enorme éxito de la difusión propagandística de la cultura francesa oficial por el Second Empire frente a lo anglosajón, retomada después del desastre de Sedan por la Troisième République, y por otra en la construcción de un imaginario más bien contestatario por las vanguardias literarias y artísticas (no únicamente francesas) de aquel entonces frente a su ambiente doméstico³. En cuanto a Julián de Casal, a cuyo imaginario parisino Fombona consagra algunas páginas, éste seguramente no “filtró” su imagen de París “de la lectura en América del *Figaro* y la *Revista de Ambos Mundos*” (p. 74), sino más bien de los libros y las revistas vanguardistas de la época como la *Revue Indépendante* y la *Revue Blanche*. Por lo demás, Fombona, que cita algún que otro concepto o estudio en alemán, hubiera podido aprovecharse para la redacción de este capítulo (y su libro en general) del inteligente estudio de Florian Nelle sobre París en el punto de intersección de vidas

¹ “Los señores Bouvard et Pécuchet” y más que estos “los señores Chose y Machin”, según Rubén Darío, *Peregrinaciones (Diario de Italia)*, en *Obras completas III: Viajes y crónicas*, Madrid: Afrodísio Aguado 1950, p. 526.

² Fombona se apoya para sus observaciones sobre Montaigne en la traducción inglesa del libro de Hugo Friedrich: *Montaigne*, Berkeley/Los Angeles: UCP 1991 (la primera edición alemana es de 1949). Montaigne relata su viaje a Suiza, Alemania e Italia de 1580-1581 en el *Journal de voyage*, publicado por primera vez en 1774.

³ La burguesía hispanoamericana y los intelectuales modernistas en sus años de formación no admiraban París, como lo insinúa Fombona (p. 70), por ser el emblema de una de las dos grandes potencias industriales europeas de su tiempo (lo que Francia, a diferencia de Inglaterra, de hecho ya no era), sino por el prestigio (y el refinamiento) que el Second Empire y la Troisième République supieron dar (incluso en las sugestivas expresiones de la contracultura a la cultura oficial) a todo lo que era francés, un poco como también lo había hecho la Francia del Antiguo Régimen. Además, esta admiración no se limitaba a la burguesía hispanoamericana, sino que caracterizaba también a la de Inglaterra (con el Príncipe de Gales en primera línea), de Rusia, Turquía e incluso de la Alemania del káiser.

sudamericanas entre la Independencia y la Revolución Cubana, que ofrece un largo capítulo sobre la imagen hispanoamericana del París de fin de siglo⁴.

El tercer capítulo del libro, que trata del viaje modernista a Italia (pp. 109-152), plantea la pregunta acerca de “qué ‘traducción’ o versión de Italia como espacio privilegiado de la cultura europea realizan los autores hispanoamericanos de viaje” (p. 112). Entre varias consideraciones con respecto a esto y aquello, resulta que el viajero modernista hispanoamericano se esforzaba por repetir el gesto de admiración e incorporación que el viajero europeo prodigaba frente a la cultura italiana, concebida como la cuna de la cultura de Occidente. Un tanto diferente se muestra la actitud del viajero modernista hispanoamericano frente a España, la que Fombona examina en el cuarto capítulo de su libro (pp. 153-203). Aquí, en contraste al “orientalismo” con que el viajero esteta europeo se apropiaba del paisaje y la cultura de la Península Ibérica –piénsese en el Barrès de *Du sang, de la volupté et de la mort* (1894)–, la Península Ibérica visitada por el viajero hispanoamericano “se define subjetiva y objetivamente como el lugar de origen de la cultura y por lo tanto un lugar ‘familiar’ por cuanto lo puede reconocer como propio” (p. 157). Si bien es cierto que se puede suscribir a esta observación, no es menos cierto que ella diluye un tanto su razón de ser que radica en la experiencia del imperialismo yanqui a raíz de la guerra hispano-americana de 1898.

El libro de Fombona continúa con algunas reflexiones sobre el relato de viaje a la Exposición Colombina de Chicago de

1893 que publicó la cubana Aurelia Castillo de González en 1895, y el relato de viaje por las Américas de Paul Groussac (1897, 1925?) (pp. 205-228), antes de terminar con unas pocas consideraciones sobre el viaje a Oriente de viajeros modernistas hispanoamericanos, tales como Gómez Carrillo (pp. 229-240). Aquí (como es el caso en otros análisis de otras partes del libro) se echa de menos un examen de las sensaciones de viaje al Japón de José Juan Tablada, cuyo orientalismo seguramente resulta ser el más significativo de la época.

En fin de cuentas, no es mucho lo que se puede aprender del libro de Jacinto Fombona sobre las *differentiae specificae* de los textos de viaje de la época modernista entre la gran cantidad de reflexiones autocomplacientes sobre el viajar y el relato de viaje que ofrece. Ello se debe principalmente a la incapacidad del autor de formular una clara hipótesis orientadora para su estudio y de seguirla detenidamente con respecto a la evolución histórica de los relatos por examinar. En cambio, son muchos los descuidos y errores que acompañan el navegar del autor por sus textos y que llegan al colmo de lo absurdo en la extraña mutación del título del famoso poema en prosa “Anywhere out of the world – N’importe où hors du monde” de Baudelaire en “Any where in the world” (p. 118), al cual Darío habría hecho referencia en su *Diario de Italia*. Una breve mirada a la fuente dariana, sin embargo, es de inmediato capaz de disipar cualquier duda sobre la solidez de la cultura literaria del poeta de Nicaragua⁵.

Klaus Meyer-Minnemann

⁴ Ver Florian Nelle: *Atlantische Passagen. Paris am Schnittpunkt südamerikanischer Lebensläufe zwischen Unabhängigkeit und kubanischer Revolution*. Berlin: edition tranvía/ Walter Frey 1996, pp. 167-294.

⁵ Al final de las páginas que Darío dedica a su visita a Génova se lee una reflexión –característica del viajero esteta marcado por el *ennui*– sobre lo efímero que son incluso las sensacio-

Nelson González Ortega: *Relatos mágicos en cuestión. La cuestión de la palabra indígena, la escritura imperial y las narrativas totalizadoras y disidentes de Hispanoamérica*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (Nexos y diferencias, 16) 2006. 276 páginas.

Un libro de gran interés, éste de González Ortega, profesor de literatura hispanoamericana y española en la Universidad de Oslo, que mejor se identifica en su amplio subtítulo: casi trescientas páginas de argumentación intensa, que podríamos definir como revolucionaria con respecto al canon de la literatura hispanoamericana. Justamente, el autor pone el acento sobre las expresiones de la palabra indígena frente a la escritura de los europeos, que define como “imperial”, y rechaza tajantemente que la literatura hispanoamericana comience, como todos los historiadores hemos sostenido, con el *Diario* de Cristóbal Colón. En esto tiene razón, si consideramos la historia de la cultura americana en su aspecto global, porque dicha cultura comienza con las grandes civilizaciones precolombinas, se arresta y se hibridiza en la expresión de los europeos, descubridores, cronistas y aculturadores. Sin embargo, desde el punto de la expresión literaria en lengua castellana, puesto que en esa lengua hasta ahora se expresa la literatura hispanoamericana, no cabe duda de que el texto fundacional sigue siendo el *Diario* colombino, original o manejado por el padre Las Casas.

nes más agradables, las que “necesitan luego ser cambiadas por otra perspectiva [...] so pena de caer en el reino gris del fastidio: Nunca, sino en los viajes, se puede comprender mejor el pequeño poema de Baudelaire: *Any where out of the world...*”; véase *Obras completas* III, p. 528.

Naturalmente, cada estudioso tiene sus opiniones y orientaciones; y en este libro, ciertamente novedoso, bien armado y convincente, el autor da testimonio de su preparación científica, que hace tesoro de toda la filosofía y la metodología de la crítica al día, a la que aporta, sobre el argumento específico, importantes contribuciones dialécticas dándonos, a través de la narrativa indígena —el *Manuscrito de Huarochirí*, el *Popol Vuh*, el *Libro de Chilam Balam*—, penetrada en la de expresión castellana, la historia interior, diría, del mundo americano. Es un lazo de unión que, a partir del realismo mágico de José María Arguedas, Asturias, Rosario Castellanos, ya se expresa como disidencia frente a la cultura imperial, o en otras palabras, como interpretación autónoma, en lengua “americana”, de su mundo. Siempre decía Asturias, gran forjador del lenguaje, que en América ya no se trataba de castellano, sino de otra cosa distinta, donde se reflejaba originalmente ese mundo.

En la segunda parte de su libro, González Ortega prosigue su itinerario argumentativo, destacando las voces de identidad y diferencia en la escritura “imperial”, que se centran en la reescritura del *Diario* colombino en las narrativas totalizadoras del siglo XX; examina, pues, *El otoño del Patriarca*, de García Márquez, *El arpa y la sombra*, de Carpentier, *Vigilia del Almirante*, de Roa Bastos, en cuanto contestación o inversión de la perspectiva del “otro imperial”: trastoque de papeles en el narrador colombiano; parodia de la conquista de América en la novela del cubano; y reescritura, entre veras y burlas, del texto colombino en la del paraguayo. Todas estrategias para contrastar la hegemonía cultural de Occidente.

En la tercera y última parte, de particular novedad, el crítico ilustra el retorno a la oralidad, o sea la presencia de la pala-

bra de los preincas y mayas como intertextos en la narrativa disidente, “grande y pequeña”, de los siglos XX y XXI. Estudia el pasaje desde la narrativa “totalizadora” del *boom* a las que define “narrativas pequeñas y testimoniales” de fines del novecientos y comienzos del nuevo siglo. El examen contempla textos narrativos y contestatarios de “frontera”, como los del “subcomandante Marcos” y Eduardo González Viaña.

Desde el discurso eurocéntrico al discurso paródico, el crítico pone de relieve la hibridez étnica, religiosa y lingüística en la formación y desarrollo de la literatura hispanoamericana en más de cinco siglos, “en relación con la agencia ideológica de los textos y en relación con los contextos históricos y socioculturales en que fueron producidos”. Al final, el autor formula la esperanza de que desde ahora en adelante en la visión de la narrativa hispanoamericana se tengan en cuenta la palabra o memoria indígena, la “escritura imperial” española, las narrativas totalizadoras de la nueva novela y la del *boom*, base del realismo mágico y de lo real maravilloso, el testimonio postcolonial “y su relación intertextual con el relato indígena colonial, con la prosa imperial española y con la escritura etnoficcional e insurgente de principios del siglo XXI”. Que la tensa argumentación del profesor González Ortega en este libro pueda ser de mucha utilidad como historia de la formación, desarrollo y temas de la literatura de América, no cabe duda; sin embargo, no se olvide el valor estético de los textos, debido a los cuales podemos legítimamente hablar de literatura hispanoamericana.

Giuseppe Bellini

Walter Bruno Berg/Vittoria Borsò (eds.): *Unidad y pluralidad de la cultura latinoamericana. Géneros, identidades y medios*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (MEDI Americana, 3) 2006. 352 páginas.

La colectánea editada por Walter Bruno Berg y Vittoria Borsò recoge 17 artículos que corresponden a ponencias presentadas durante el XXVII Congreso de la Asociación de Romanistas Alemanes y que se insertan en el campo de los estudios sobre las culturas latinoamericanas y su revisión historiográfica a través de dos términos, la unidad y la pluralidad, que son considerados centrales en el actual discurso de las ciencias de la cultura. Ya en su introducción, los editores destacan los ejes transversales críticos que van a marcar las lecturas, análisis e interpretaciones ofrecidas por los autores participantes. Uno de estos ejes consiste en cuestionar el saber cultural sobre América Latina desde sus articulaciones estéticas y culturales, haciendo un especial énfasis en las relaciones entre géneros, construcciones identitarias y medios. El otro eje que recorre la totalidad del libro es el desmontaje de las acepciones unitarias de la cultura latinoamericana desde sus configuraciones estéticas y culturales, el cual muestra los diversos procesos y dinámicas que subvierten, rompen y/o fragmentan el discurso de lo unitario desde la pluralidad. El libro, aunque estructurado en dos secciones —“Topografía y memoria. América Latina y los intersticios histórico-culturales” y “Géneros y medios: mediaciones culturales en la escritura y en las culturas de masa”— logra exponer la relacionalidad interna que hay entre los diversos trabajos, puesto que todos coinciden en la indagación de los intersticios que se configuran más allá de binomios reduccionistas, expresados en las muy conocidas dicoto-

mías unidad/pluralidad, identidad/alteridad, centro/periferia.

La primera sección plantea desde muy diversas perspectivas la relevancia y urgencia de continuar con una revisión crítica de las imágenes y los discursos acerca de América Latina desde una concepción del estudio de las culturas latinoamericanas que vincule la historia, la teoría y la crítica. Juan Villoro discute las imágenes exotistas que se dan del subcontinente y sus vínculos con los intentos por denominar y fundar “lo latinoamericano”, y destaca la tensión particular entre el impulso global y el regreso a la tradición a través de diferentes lecturas de la misma. Villoro apuesta por la productividad de las equívocas culturales representadas en la literatura como formas de conocimiento en la ficción (p. 29). Esta afirmación coincide con el análisis de “Nuestra América” de José Martí emprendido por Walter Bruno Berg, quien cierra su artículo advirtiendo la importancia clave que en el ensayo de Martí tiene la ficción, esto es, la construcción de la ficción de la unidad americana (p. 41) en el marco de la enunciación del proyecto utópico de la unidad de los pueblos latinoamericanos. Berg aborda además la cuestión de los discursos que denomina “culturalistas”, cuyo objetivo está vinculado a la constitución de la cultura latinoamericana en términos de “unidad” y “diversidad”, y la problematiza proponiendo que debe ser superada para comprender las complejidades de las rupturas discursivas, presentes ejemplarmente en “Nuestra América”.

Ottmar Ette, en su acercamiento múltiple a la cultura polifacética de Cuba, sitúa la importancia del espacio y del movimiento para la comprensión de un área cultural desde sus relaciones con otras áreas. Para Ette es imprescindible partir del espacio y del movimiento para analizar los marcos internos y externos de

las dinámicas que cuestionan límites y fronteras tradicionales, tanto en un sentido geopolítico como simbólico. A través de este modelo de una topografía cultural, que también habla de los vínculos entre América Latina y Europa, Cuba es mostrada como una isla de perspectivas múltiples, como plataforma de proyección de imágenes de otros espacios. Particularmente con la figura del archipiélago, afirma Ette, es posible abrir la comprensión de “la isla de las islas” (p. 55) en sus relaciones con el movimiento y las lógicas relacionales que registran la complejidad de la simultaneidad de lo moderno y lo posmoderno, la exclusión y la apertura, la transterritorialidad y el nacionalismo posnacional. Cuba es entonces “muchas islas que se superponen dentro de una constelación espacio-temporal fundamentalmente transformada, que se disputan, se alían y penetran de forma multiperspectiva y con creciente apertura” (p. 56).

También para Vittoria Borsò, el espacio es determinante como reto de la historiografía y la historia en Hispanoamérica, especialmente desde una topografía transversal presente en los textos literarios que lanzan miradas oblicuas a la historia de Europa y se convierten en un laboratorio para su revisión crítica. Borsò se concentra en varios ejemplos de textos que denomina metahistóricos, definidos como espacios de negociación entre los diferentes puntos de vista, entre las imágenes de identidad y alteridad, que escenifican el cruce de miradas entre las culturas y las constelaciones históricas compartidas, que generan un espacio híbrido (p. 60). Su interés es el de emprender la tarea de descifrar las configuraciones que integran y mediatizan una “epistemología híbrida”, la cual pone en marcha la topografía espacio-temporal desde donde se constituye tradicionalmente la identidad (p. 63).

La importancia del espacio y de las relaciones que podríamos llamar hemisféricas (entre las Américas) y transatlánticas (entre América Latina y Europa) surge en esta primera sección como fundamental para una comprensión de las transferencias culturales entre las Américas y Europa, como lo complementan de manera excelente los trabajos de Susanne Klengel, Björn Goldammer, Norbert Rehrmann y Ellen Spielmann. A través de sus lecturas de figuras intelectuales como Jaime Torres Bodet (Klengel y Goldammer) o Dina Lévi-Strauss (Spielmann) así como de un proceso, aún descuidado por la crítica, como lo es el de la constitución de un puente político-cultural entre España y Latinoamérica a través de la presencia de los judíos latinoamericanos en España (Rehrmann), los artículos registran la necesidad imprescindible de tomar en cuenta las dinámicas y desplazamientos –de actores, bienes simbólicos y discursos– en un espacio y un tiempo determinados, para producir nuevas y más amplias y complejas reflexiones acerca de los fenómenos que conforman tanto saberes latinoamericanos como saberes sobre América Latina.

De allí que los artículos de Beatriz Gómez-Pablos, Ute Fendler y Fátima Gallego sintonicen muy bien con la discusión que se plantea en toda la sección. En sus trabajos se muestran desde diversas experiencias de viaje hacia América tres momentos paradigmáticos: la construcción de las visiones sobre la alteridad del indio en crónicas del siglo XVI y XVII (Gómez-Pablos); las miradas de Europa, particularmente francesa y española, sobre América, que se mueven entre la posesión científica y un “segundo” descubrimiento (Fendler); y la experiencia del exilio republicano español en México a través de las actividades intelectuales de un grupo de exiliados que viaja a bordo del *Sinaia*, las cuales revelan una oscila-

ción entre un pasado reciente dejado atrás y el futuro aún incierto que los espera (Gallego). Así, escribe Gallego, “el exilio genera el encuentro del ‘yo’ con el ‘otro’ y puede iniciar, por lo tanto, la vida en un umbral, desde el que la homogeneidad se anula y se descubre la heterogeneidad de las culturas” (p. 225).

La segunda sección del libro explora las relaciones unidad/pluralidad e identidad/alteridad a través de artículos que abordan muy diversos géneros y medios y, de manera particular, las relaciones intermediales en producciones culturales latinoamericanas a lo largo del siglo XX. El panorama que se ofrece al lector incluye las relaciones entre las vanguardias históricas europeas y las culturas regionales, nacionales y continentales a través de una lectura de los libretos de ballet de Alejo Carpentier (Thomas Bremer); la escritura “neo-fantástica” del argentino Fernando Sorrentino como instrumento para ejercer una crítica del poder (Vera Elisabeth Gerling); el cine argentino posterior al periodo de la censura y represión a través de la problematización del “género cinematográfico de los desaparecidos” que, paradójicamente, más allá de tratar de los desaparecidos trata de los cómplices y los supervivientes de la dictadura (Markus Klaus Schäffauer); la situación cultural y mediática del siglo XXI en México a través de los cómics, el estatus de la cultura popular y sus múltiples mezclas de formas genéricas (José Morales Saravia); el melodrama como espacio de enunciación popular, que pretende una educación sentimental del espectador e incluso la formación ciudadana y que llega incluso a convertirse en una imaginación melodramática de la nación mexicana (Joachim Michael); y una revisión del debate crítico que dos obras canónicas testimoniales, *Biografía de un cimarrón* y *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, pro-

vocaron en la crítica con respecto a los reclamos de veracidad adjudicados a ambas publicaciones (Monika Walter).

Este libro sin duda recoge múltiples perspectivas acerca de las prácticas culturales en Latinoamérica, que se resisten a “ser nombradas y ordenadas a partir de epistemologías unitarias, independientemente de si se encuentran matizadas de elementos tradicionalistas o posmodernos” (p. 15), como explican los editores en su introducción. Asimismo ofrece una configuración múltiple de las mediaciones y cruces entre medios y culturas, géneros e identidades, medios e identidades, culturas y géneros. Las producciones literarias, culturales y estéticas latinoamericanas en sus construcciones de los procesos de identidad/alteridad así como de los discursos de la unidad y sus respectivas negociaciones con la diferencia registran y evidencian las complejas concatenaciones entre espacios, desplazamientos, transferencias y percepciones de las que hablan los trabajos aquí compilados.

Alexandra Ortiz Wallner

José Ismael Gutiérrez: *Cartografías literarias del exilio. Tres poéticas hispanoamericanas*. Lewiston/Queenston/Lampeter: The Edwin Mellen Press (Hispanic Literature, 93) 2005. X, 202 páginas.

Una de las consecuencias de los regímenes autoritarios que caracterizaron la historia y política latinoamericanas a lo largo del siglo XX, es que se escribieron una cantidad de estudios críticos sobre textos literarios que tematizan el exilio. El ensayo de José Ismael Gutiérrez se inscribe en esta línea, combinando una visión pluridisciplinaria con tres estudios litera-

rios de los textos escritos por los autores cubanos Reinaldo Arenas y Manuel Díaz Martínez, así como el autor uruguayo Fernando Aínsa. Gutiérrez pretende diseñar unas “cartografías de una escritura que, siendo individual en sus orígenes, desemboca en contextos más generales”: tal es la explicación del título que se da en el prefacio escrito por Raúl Ianes.

En el primer capítulo del libro, “Exilio, escritura e identidad”, Gutiérrez describe la historia del exilio desde la Antigüedad hasta hoy en día, concentrándose en el siglo XX y en el exilio latinoamericano. A fin de presentar un análisis literario del exilio, el autor parte de enfoques políticos, sociológicos y psicológicos, recurriendo a teorías de diferentes disciplinas. La introducción a la temática es especialmente valiosa por sus amplias referencias bibliográficas así como por las citas de textos literarios representativos. Éstas son tomadas de novelas de autores con biografías, estilos y temas diferentes, de diversas épocas y regiones, y son ejemplos elocuentes para ilustrar lo anteriormente dicho. Citas y referencias son pruebas de un profundo conocimiento, por parte del autor, tanto de la historia y política latinoamericanas como de los enfoques teóricos actuales. En un estilo a veces metafórico describe cómo “el expatriado vagabundeará sin norte, naufragará como un barco a la deriva” (p. 7), y explica las sucesivas estadias del exilio. Se debe a estas características que el ensayo reviste interés tanto para el lector familiarizado con el tema como para aquel que desea entrar en el tema. Gutiérrez explica por qué la identidad del exiliado es una identidad en tránsito, y advierte del peligro que consiste en estereotipar o idealizarlo. Subraya la importancia de los recuerdos para el exiliado, quien vive físicamente en un “aquí”, abrigando en su alma y en su mente un “allá”. Llega a la conclusión de que el

acto de narrar surge del deseo de comprender la identidad individual en su situación particular y general a la vez. Concluye el capítulo con la exposición de los tres *topoi* más frecuentes de la literatura de exilio, que son la memoria, la pérdida de identidad, y la premura de llevar una doble vida, de desdoblarse.

En los tres capítulos siguientes, José Ismael Gutiérrez analiza el exilio literario presentando los casos de Reinaldo Arenas, Fernando Aínsa y Manuel Díaz Martínez. En ningún lugar del libro explica las razones que le indujeron a seleccionar precisamente a estos tres autores ni es posible, para el lector, reconocer claramente los lazos entre aquellos. A pesar de ello, hay que reconocer que Gutiérrez llega a una comprensión profunda especialmente acerca de los dos primeros autores mencionados. Ofrece un estudio mayoritariamente socio-literario, en el que desarrolla el fondo histórico-social bajo el cual se escribieron las obras en cuestión, analiza los mismos textos y ofrece su propia interpretación, basada en un intercambio intelectual con los propios autores, en el caso de Fernando Aínsa y Manuel Díaz Martínez.

El capítulo sobre Arenas, “Reinaldo Arenas dentro y fuera del infierno”, es el más amplio de todos y es prueba de que Gutiérrez es un gran conocedor de la vida y obra del cubano. En el capítulo siguiente, intitulado “De viaje con Fernando Aínsa”, Gutiérrez subraya el carácter fragmentario de los diversos textos –novelas, cuentos y ensayos– de Aínsa, y define como tópico recurrente el del viaje y del abandono forzado del lugar de origen. El libro termina con un capítulo sobre “Manuel Díaz Martínez o el resistente tejido de la memoria”, capítulo más breve que los anteriores, tratándose de un escritor menos conocido con una obra más reciente y todavía menos extensa que la de

los autores anteriores. La memoria, como bien indica el título de la primera publicación de Díaz Martínez en el exilio – *Memorias para el invierno* (1995)– es el tema central de su poesía, sirviéndole la literatura para ahuyentar el olvido. Dando varios ejemplos tomados de sus poemas y relatos, Gutiérrez comprueba que para el exiliado, en especial para Díaz Martínez, “todo lo vivido permanece en el texto” (p. 161). Y para todo exiliado Gutiérrez constata –al final del capítulo sobre Díaz Martínez que coincide con el final de su libro– que el acto de escribir es una resistencia tanto individual como colectiva, afirmación que sin embargo no se comprueba ni con Arenas ni con Aínsa.

Sonja Maria Steckbauer

Antonio Lago Carballo/Nicanor Gómez Villegas (eds.): *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*. Madrid: Siruela (El Ojo del Tiempo, 9) 2006. 266 páginas.

El volumen editado por Antonio Lago Carballo y Nicanor Gómez Villegas tiene un origen predominantemente oral: fue compuesto a partir de la transcripción de las intervenciones de varios expositores durante las jornadas que, organizadas por la Sociedad Iberoamericana de Amigos del Libro y la Edición y la Fundación Carolina, tuvieron lugar en Casa de América en Madrid, del 22 al 24 de septiembre de 2004. Ese origen oral signa la estructura y el estilo del libro. En él, una serie de editores, escritores, periodistas, académicos y otros agentes vinculados con la edición discurren, desde una perspectiva personal y de manera amena y por momentos emotiva, sobre los hechos que jalonaron las relaciones entre España e Iberoamérica

en el campo editorial, desde el comienzo de la Guerra Civil española hasta la transición postfranquista. El lugar inaugural y privilegiado se le da a un insigne testigo de los primeros años del periodo abarcado por las jornadas: Francisco Ayala (nacido en 1906). Sus palabras son la reliquia sorprendente de aquella época, y marcan el tono anecdótico y dialogado que predominará en todo el volumen. La información que se brinda suele estar, pues, más sujeta al régimen del recuerdo y la reconstrucción personal que al de la documentación, salvo algunas excepciones. Con todo, en *Un viaje de ida y vuelta*, el investigador encontrará datos preciosos para una indagación de la historia del libro en España y en dos países de Iberoamérica, México y Argentina.

Para dar cuenta de las relaciones entre uno y otro lado del Atlántico en el plano editorial, las sucesivas mesas redondas que tuvieron lugar durante las jornadas cubren diversos aspectos de esa historia en dos continentes. En la primera mesa, Francisco Caudet, Gonzalo Santonja y Xavier Moret esbozan un panorama de la industria del libro en España desde las primeras décadas del siglo XX, esto es, antes del inicio de la Guerra Civil y hasta el desenlace de ésta. Ya en esa época se advierte la inquietud por darle organicidad al sector editorial, y se recuerda, en ese sentido, la labor de Gustavo Gili, primero en abogar por una política del libro en España. En la segunda mesa, Elena Aub, Teresa Rodríguez de Lecea, Arturo Azuela y Gonzalo Santonja presentan el caso de México, país que, desde el gobierno —en especial, a instancias de su presidente de entonces, Lázaro Cárdenas— apoyó la llegada de exilados españoles a territorio mexicano. La referencia a Fondo de Cultura Económica es ineludible a la hora de reconstruir la historia de la edición en México. Esa editorial, fundada por Daniel

Cosío Villegas en 1934 con un fideicomiso del Banco de México, asumió con generosidad los proyectos editoriales de los republicanos exiliados. El segundo caso iberoamericano, el de la Argentina, es el tema de la tercera mesa, y es abordado por Ana María Cabanellas, Antonio Sempere y Hugo Levin. Los tres panelistas se refieren a las principales editoriales cuya fundación data de fines de la década de 1930 y que se vinculan con españoles —si bien no todos emigrados como resultado de la Guerra Civil—: Losada, Emecé y Sudamericana, sin olvidar otras más pequeñas, además de las fundadas con anterioridad también por españoles, como Tor y Claridad. En la mesa siguiente, Javier Pradera, Francisco Pérez González, Poppy Grijalbo y Enrich Folch dialogan sobre la implantación en España de editoriales iberoamericanas. La trama de esa historia apasionante, viaje de vuelta que se registra con sentidos testimonios personales, llega hasta los años setenta. En la última mesa, Mario Muchnik y Javier Pradera debaten sobre la edición de libros iberoamericanos en España, en un tono pródigo en anécdotas significativas (por ejemplo, la de Cortázar en relación con el peronismo, p. 164), que resumen trayectorias personales y rinden homenaje a los que ya no están. En el apéndice del libro se transcriben dos entrevistas realizadas por Elena Aub con posterioridad a las jornadas, así como dos textos breves sobre las editoriales Sudamericana y Edhasa, y sobre editores españoles en México.

A medida que se avanza en la lectura, los sucesivos testimonios se van ordenando en torno a la hipótesis central del libro: la Guerra Civil española y la implantación del franquismo provocó, por una parte, un eclipse de la industria editorial en España y, por otra, un despegue de esa industria en Iberoamérica, sobre todo en México y Argentina. Ese “viaje de ida” se comple-

menta con otro, “de vuelta”, en el que España, con el aflujo de editoriales iberoamericanas y la edición de libros de autores procedentes del nuevo continente, va recuperando el terreno perdido a partir de mediados de los años 1930. Otro elemento que vertebra las participaciones de los expositores es la recurrencia de algunos nombres y sus aportes singulares a la industria del libro: Gonzalo Losada, Antonio López Llausás, Joaquín Díez-Canedo, Arnaldo Orfila, Paco Porrúa, José Espasa, Manuel Aguilar, Josep Janés, Juan Grijalbo, entre muchos otros. También reaparece con cierta frecuencia, armando un sistema dentro del libro, la cuestión de la censura franquista. Reglamentada por la llamada Ley de Prensa de 1938, que siguió vigente hasta 1966, pero que no desapareció del todo hasta 1976, la censura es evocada en varias de las exposiciones, así como los impensados modos de burlarla. En la primera mesa, Xavier Moret lee una cita extraída de una circular enviada por la Cámara Oficial del Libro a los distintos editores de la época, cita que exige de todo comentario ulterior: “Los libros prohibidos pueden dividirse en dos grupos: los prohibidos de un modo definitivo y permanente y los prohibidos temporalmente. A los primeros pertenecen las obras contrarias al movimiento nacional, las anticatólicas, teosóficas, ocultistas, masónicas, las que atacan a países amigos, las escritas por autores decididamente enemigos del nuevo régimen, las pornográficas y pseudo científicas pornográficas y las de divulgación de temas sexuales, las antibelicistas, antifascistas, marxistas, anarquistas, separatistas, etcétera. Al segundo grupo pertenecen los libros de tipo no político escritos por autores contrarios al movimiento o cuya situación respecto al mismo no ha quedado definida aún” (p. 38).

Si bien la perspectiva del análisis es predominantemente española, las referen-

cias al proceso actual de concentración de empresas en el sector editorial son válidas más allá de las fronteras nacionales. Así, en una parte del debate se menciona el hecho de que las ventas y fusiones de casas emblemáticas han traído aparejado un empobrecimiento de la capacidad creativa de ciertas editoriales.

En estos relatos de reconstrucción en primera persona de un pasado relativamente reciente, en los que también hay lugar para el recuerdo emocionado de un padre editor por el hijo que ha seguido sus pasos (José de la Colina, pp. 242-243), el tono apoloético era inevitable. Quizá sea ese tono de entrenos y de gran familia editorial el que haya hecho que no se incluyan en el libro en lugar aparte datos biográficos sucintos y concretos de los participantes en las jornadas, más allá de las presentaciones informales que hacen los coordinadores de las mesas; o quizá los editores consideraron que, al hablar de sus propias experiencias, los expositores se presentaban suficientemente a sí mismos.

Un viaje de ida vuelta contiene un prólogo de los editores Lago Carballo y Gómez Villegas, titulado “Una pedagogía secreta de la libertad”. A continuación, se incluye el registro de las sesiones tituladas sucesivamente “El mundo de la edición en México”, “El mundo de la edición en Argentina”, “La implantación de editoriales iberoamericanas en España”, “La edición iberoamericana de libros en español”. El libro cuenta asimismo con un Apéndice, compuesto por artículos cortos de diversos autores: “Antonio López Llausas y la Editorial Sudamericana” (Antonio Lago Carballo), “Así nació Edhasa” (Pep Carrasco), “Editores españoles en México” (Elena Aub). En el Apéndice también se incluyen dos entrevistas de Elena Aub, una a Antonio Ruano Hernández y otra a José de la Colina. El índice onomástico final contribuye a la localización de los

actores de esta versión de la historia material de la edición en España e Iberoamérica entre 1936 y 1975, reconstruida con el testimonio de testigos y protagonistas, sus amigos y descendientes. En cuanto al título, en el libro aparece citada una frase que despliega la metáfora del viaje de ida y vuelta, pero en su sentido literal. Se trata de las palabras del editor español radicado en la Argentina Joaquín Oteiza: “Traeré los libros argentinos a España de la misma forma que llevé los libros españoles a la Argentina” (p. 12).

Patricia Willson

Susanne Iglér: *De la Intrusa Infame a la Loca del Castillo. Carlota de México en la literatura de su ‘patria’ adoptiva.* Frankfurt/M. etc.: Lang (Studien und Dokumente zur Geschichte der Romanischen Literaturen, 58) 2007. 484 páginas.

La monografía de Susanne Iglér presenta un exhaustivo análisis de las representaciones literarias del personaje histórico de Charlotte de Belgique *alias* Carlota de México. De manera ejemplar, la autora despliega un sinfín de fuentes y textos para trazar las líneas de interpretación y de recepción de la vida y muerte de la emperatriz. Se observa, tal como indica el título del estudio, una valoración interesada e ideológica de Carlota, que fue evolucionando a lo largo de los 150 años, desde su papel histórico de emperatriz extranjera, impuesta, hacia su incorporación en la memoria colectiva y nacional: es decir, la sustitución de “Carlota de Bélgica” por “Carlota de México”. Al discutir textos novelísticos, cinematográficos, teatrales, y también historiográficos y no-ficcionales, Iglér presenta un estudio no sólo de recepción literaria, sino de crítica cul-

tural e ideológica en constante diálogo con la historiografía intelectual de México.

Después de una introducción metodológica (cap. 1), donde resume cabalmente la amplia recepción de Carlota, subrayando la superioridad de la imagen sobre la verdad histórica, y de la muy informada narración biográfica de la vida de Carlota (cap. 2), la mayor parte se dedica, en nueve capítulos, a las etapas de recepción de Carlota. Parece que parte del atractivo de Carlota reside en las dudas biográficas tanto como en su función como *role model* femenino, y abundan las biografías escritas todavía durante su vida (p. 37).

En las novelas históricas decimonónicas, Carlota todavía constituye un personaje retratado como protagonista controvertida. En pleno nacionalismo literario, se establecen los tópicos que dominarían por mucho tiempo sobre la imagen colectiva de Carlota: loca, arrogante, y de indudable interés histórico-historiográfico (p. 97). Amado Nervo sería el responsable, según Iglér, de crear definitivamente el mito de la “pobre loca del castillo” (p. 118), representación nostálgica de una época ya pasada.

Antes de que Rodolfo Usigli introdujera nuevas pautas para la representación literario-teatral, se produjo un “boom imperial” en el teatro y cine mexicano; versiones que, sin embargo, pecan de malinterpretaciones biográficas y una exagerada tendencia sentimentalista (p. 179). Más convincentes resultan, para Iglér, las obras pioneras de Franz Werfel (*Juárez und Maximilian*) y Darius Milhaud (*Maximilien*), cuya inclusión en el estudio es otro acierto.

Con las tres *Coronas* de Usigli, las artes se abren para una nueva interpretación compleja de Carlota, libre de los clichés decimonónicos y de falsos sentimentalismos. De modo diverso, más tarde Sal-

vador Novo, Rosario Castellanos y Homero Aridjis llevarán a cabo reinterpretaciones más abiertamente políticas del personaje (la autora habla, algo desafortunadamente, de “ideología en el escenario”, p. 208).

La “obsesión imperial” (p. 26) de Carlos Fuentes hace de la emperatriz una constante en la obra del escritor. En el capítulo correspondiente, Iglér traza minuciosamente las huellas de Carlota por la obra de Fuentes, representando la copresencia de la historia frente al olvido. Pero será Fernando del Paso, con *Noticias del Imperio* (1987), quien lleva a cabo la definitiva “mexicanización” de Carlota (p. 343). Iglér reúne las múltiples facetas de la novela y de las interpretaciones del personaje y maneja una amplia bibliografía sobre la novela parteaguas delpasiana. Después de la eclosión posmodernista, hoy en día, Carlota ya forma parte del imaginario colectivo y está expuesta a interpretaciones ahistóricas, posthistóricas y populares, entre cuyos representantes destaca Vicente Leñero (*Don Juan en Chapultepec*).

En total, predominan en el estudio de Iglér los representantes más conocidos, como Usigli, Fuentes, o Del Paso. Por otra parte, se discute una impresionante cantidad de versiones literarias. Resultan particularmente interesantes los capítulos dedicados a la recepción popular de Carlota, sea por novelas biográficas, filmes, o las telenovelas (pp. 243-254; 373-387). De este modo, el mito y la imagen de Carlota parecen formados no tanto por los autores famosos, sino por la numerosa cantidad de escritores y escritoras hoy en día casi o totalmente desconocidos.

Al final, además de un impresionante apéndice bibliográfico de 52 páginas, parece muy sugerente la selección de testimonios referentes a la evaluación del personaje histórico en diferentes épocas

de su recepción (pp. 412-421). De vez en cuando, e inevitablemente, la seriedad historiográfica conlleva un carácter recopilatorio, lo que subraya todavía más la función del estudio como archivo de la producción literaria y (para)literaria sobre Carlota. La monografía de Susanne Iglér será a partir de ahora el libro de referencia para todos los interesados en la figura histórico-mítica de “Carlota de México”.

Burkhard Pohl

Stephen Wilkinson: *Detective Fiction in Cuban Society and Culture*. Oxford, etc.: Lang 2006. 315 páginas.

El libro de Wilkinson sobre la novela policíaca cubana ofrece un análisis sociológico del género desde principios de siglo xx hasta los años noventa. Con ello, el autor se aleja de la idea generalmente aceptada de que la novela policíaca nació con la Revolución, y lleva a cabo una investigación minuciosa de las fuentes bibliográficas y críticas de las primeras creaciones dentro del género, tanto filmicas –por ejemplo, *La hija del policía* (1917)– como literarias, con la publicación de la novela colectiva *Fantoches* (1926). Hasta va más allá en el tiempo, recordando los escritos precursores de Fernando Ortiz acerca del hampa afrocubana, publicados en la primera década del siglo xx. Muy oportunamente llama la atención sobre las series radiofónicas creadas por Félix Benjamín Caignet Salomón, con el detective chino Chan Li Po como protagonista, radiadas por Óscar Luis López. Más adelante explica cómo llegaron a Cuba las novelas de los escritores estadounidenses del género negro, como Raymond Chandler y Dashiell Hammett, los cuales influyeron a escritores

como Lino Novás Calvo, quien adaptó sus técnicas a la realidad cubana.

Es particularmente interesante el análisis de las primeras novelas policíacas publicadas tras la Revolución, como las escritas por Armando Cristóbal Pérez, que se insertan en el proceso revolucionario transformando, según la crítica cubana, el género: de ser un género capitalista se convierte en un género revolucionario. En ese contexto, Wilkinson ofrece también una visión interesante del papel de la cultura en la sociedad cubana, y de la relación del género policíaco con la misma. Así, se adentra en la discusión en torno al conocido “caso Padilla”, para mostrar de qué forma la política cultural de entonces oscilaba entre la manifestación de la ideología estatal y la intervención política en las diferentes esferas de lo público, en un nuevo intento de comprender las medidas del gobierno castrista. De igual forma ofrece una relectura de la “Carta a los intelectuales” de Fidel Castro, que debía marcar la producción literaria en la isla.

La mayor atención se dedica a Leonardo Padura Fuentes quien, al escribir desde Cuba sobre Cuba, renovó el género utilizándolo como vehículo para introducir temas que preocupan a la sociedad cubana contemporánea, como son las drogas, la moralidad sexual, los robos, los asesinatos, el paso del tiempo, la decadencia. Según Wilkinson, Padura Fuentes consigue así recrear el género inmerso en la realidad cubana, pero recurriendo a unas fuentes literarias que se remontan a Dashiell Hammett, y filosóficas que se acercan a los franceses Sartre y Lyotard. Sin embargo, echo de menos un análisis de otras relaciones intertextuales, que por lo visto no han merecido la atención del autor, aunque el mismo Padura las haya mencionado en varios textos y conferencias. Wilkinson pasa así por alto la relación que la novela cubana tiene con las

obras del español Vázquez Montalbán, del argentino Walsh y de los mexicanos Taibo II y Ramírez Heredia, entre otros.

Asimismo, al privilegiar para su análisis textos clásicos del marxismo, estudios sobre la política cubana publicados en su mayoría durante las primeras décadas de la Revolución, y textos sociológicos y filosóficos de Sartre, Foucault, Lyotard, Gramsci, Kapcia o Williams, Wilkinson descuida otros aspectos básicos en un estudio literario, como son cuestiones acerca del género, de la intertextualidad y de la recepción. No obstante, como se fundamenta en un conocimiento profundo de la realidad cubana, de los presupuestos de la Revolución, y de la literatura policíaca producida en la isla, este estudio es de gran ayuda para comprender el conflicto cubano entre la creación estética y el control político que, hasta hoy, existe en Cuba.

Ana Luengo

Néstor E. Rodríguez: *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana*. Santo Domingo: Ed. Nacional (Col. Pensamiento Dominicano) 2007. 196 páginas.

El título de esta monografía, reeditada para el mercado dominicano por la Editora Nacional de la Secretaría de Estado de Cultura¹, remite al paradigma teórico central de Néstor Rodríguez, que enfoca la literatura dominicana (actual) como “espacio de desencuentro entre ciertos relatos normalizadores de la nacionalidad y mo-

¹ La primera edición salió en México, publicada en 2005 por Siglo XXI, en la colección “Pensamiento caribeño”.

delos más lábiles de identidad cultural” (p. 17), principio que también rige la división del libro y la repartición de sus seis capítulos. Así, se desarrolla, en los primeros dos capítulos, la institucionalización de un modelo dominante de la nación como “matriz retórica fundamental” (p. 26), que desde la formación del Estado dominicano en el siglo XIX hasta la Era de Trujillo y el posttrujillismo de Balaguer define la dominicanidad como una esencia homogénea “heredera de la tradición cultural española y de un difuso componente indígena” (p. 35), en constante peligro de “contaminación” y “desnacionalización” por parte del vecino haitiano, que figura como espacio de una “otredad” sinónimo de barbarie. Rodríguez cita a poetas, novelistas y otros *letrados*, insistiendo en los ideólogos del trujillismo, como fueron Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer; sin embargo, resulta poco novedosa la comprensión de esa visión nacionalista y racista, analizada anteriormente –y de manera magistral– por Andrés L. Mateo, en su libro fundamental intitulado *Mito y cultura en la Era de Trujillo* (1993).

De mayor relieve son los capítulos que siguen y donde Rodríguez investiga proyectos y narraciones de la nación que se oponen al modelo identitario dominante. El tercer capítulo destaca cómo Manuel del Cabral (*Trópico negro*, 1942; *Compadre Mon*, 1943) y Tomás Hernández Franco (*Yelidá*, 1942) plantearon en su poesía lo que el autor denomina “una estética de la resistencia”, escribiendo “contranarrativas” (p. 87) de la nación “desde los márgenes” (el hecho de que ambos escritores, como funcionarios de Estado, estaban situados no en los márgenes sino en el centro mismo del poder trujillista, se constata pero desgraciadamente no se considera digno de reflexiones ulteriores). Los restantes capítulos son dedicados a formulaciones identitarias y redefinicio-

nes del sujeto dominicano en la literatura contemporánea, en cuyo contexto destaca el estudio de los relatos de Aurora Arias (*Invi's Paradise y otros relatos*, 1998; *Fin de mundo y otros cuentos*, 2000), y de la novela *La estrategia de Chochueca* (2000) de Rita Indiana Hernández, según el análisis pormenorizado e inteligentemente estructurado de Rodríguez “una literatura abiertamente subversiva” (p. 143), que “con gesto iconoclasta” (p. 128) abre un espacio a subjetividades subalternas e híbridas hasta entonces ajenas y excluidas del imaginario nacional. Por último se consideran expresiones de la “nación tras-humante”: ensayos de Silvio Torres-Sallant (*El retorno de las yolas. Ensayos sobre diáspora, democracia y dominicanidad*, 1999) y la primera novela de Julia Álvarez, *How the García Girls Lost Their Accents* (1991), abogando los dos por una “desterritorialización” de la identidad nacional y la idea de una “patria portátil”, en las palabras de Julia Álvarez, la cual termina por “reterritorializarse” en cuanto “subjetividad difusa que accede al territorio de la escritura como la única posibilidad de habitar un espacio concreto desde el cual propiciar la recuperación de la identidad ausente” (p. 172).

Es de agradecer a la Editora Nacional el haber puesto a la disposición de los lectores dominicanos este estudio, que para la comprensión de la literatura dominicana actual –la de ambas “orillas”– es de gran utilidad. Hubiera sido de aún mayor provecho incluir algunos novelistas de la generación anterior, ya que la “estética de la resistencia” en la narrativa dominicana no surge, de repente, con los *novísimos*. Pero esto será para Néstor Rodríguez tal vez objeto de un estudio ulterior (para el cual le aconsejo, no obstante, prescindir de las tantas referencias que puedan parecer “de rigor” pero que en la mayoría de los casos son gratuitas, a nombres tales

como Derrida, Foucault, Lyotard, Lacan, Deleuze/Guattari, etc.).

Frauke Gewecke

José Manuel Camacho Delgado: *Magia y desencanto en la narrativa colombiana*. Prólogo de Trinidad Barrera. Alicante: Universidad de Alicante (Cuadernos de América sin nombre, 16) 2006. 283 páginas.

Magia y desencanto en la narrativa colombiana de José Manuel Camacho Delgado, profesor titular de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Sevilla, representa una colectánea de artículos publicados entre 1992 y 2006, que se reparten en dos secciones de proporciones iguales: la primera parte (“El último peregrinaje a Macondo”) consta de seis ensayos acerca de Gabriel García Márquez, y la segunda (“Del realismo mágico al narcotremendismo literario”) de también seis ensayos acerca de otros tantos novelistas claves del siglo XX colombiano. Veamos por de pronto la primera parte, cuyos capítulos versan sin excepción sobre reminiscencias y antecedentes literarios en la obra de García Márquez —la Biblia, *Lazarillo de Tormes* y, ante todo, *Edipo Rey* de Sófocles—, argumentos a los que se agregan múltiples testimonios del propio novelista acerca de su formación literaria y sus lecturas preferidas. Los ensayos de esta primera parte del libro, con todos los datos que ofrecen, no hubieran merecido una reimpresión, aparte de ser repetitivos y carecer por completo de reflexiones teóricas acerca de los fenómenos intertextuales constatados; en cambio, los de la segunda parte justifican y recompensan ampliamente su reedición en forma de libro.

Los dos primeros ensayos de esta segunda parte están dedicados a autores ya consagrados: el primero a Jorge Zalamea, cuyo relato “La metamorfosis de Su Excelencia” (1949), sátira implacable del poder absoluto, se analiza en su dimensión mítica y alegórica, constituyendo el relato —igual que la obra más famosa de Zalamea, *El gran Burundún-Burundá ha muerto* (1952)— “la respuesta literaria a una época marcada por la censura, la violencia institucionalizada, la represión política y la corrupción como forma cotidiana en la vida de la República” (p. 140); y el segundo a Álvaro Mutis y su heterónimo Maqroll el Gaviero, “un trahumante agotado, viajero errante que encarna la voz del ser derrotado” pero al mismo tiempo “incansable soñador que emprende todo tipo de travesías descabelladas por geografías inciertas” (p. 160), y cuyo periplo es retratado a través de la novela *La nieve del almirante* (1986). Los otros ensayos están dedicados a autores más jóvenes y obras más recientes: Ramón Illán Bacca, cuya novela *Maracas en la ópera* (1996) es leída como reformulación irónica del género de la novela histórica y “una verdadera alternativa a la estética apabullante del realismo mágico” (p. 186); Mario Mendoza y su novela *El viaje del Loco Tafur* (2003; *Relato de un asesino* en la edición anterior, de 2001), que se analiza esencialmente en sus referencias intertextuales; Consuelo Triviño, cuyo libro de relatos *La casa imposible* (2005) es enfocado en sus dimensiones temáticas, que son ante todo la soledad y desolación en los seres desvalidos que constituyen las protagonistas; y, en el ensayo más logrado, Fernando Vallejo, “escritor de raza, duro, provocador y controvertido [...] que desacraliza cuanto hay de ritual y sagrado en la sociedad, registrando en toda su crudeza la descomposición de la realidad que le ha tocado vivir”

(p. 206 s.). Con mucho atino Camacho Delgado recorre el camino desde el “tremendismo” español de posguerra al “narcotremendismo” colombiano actual, investigando luego la impronta de ese “hiperrealismo”, cercano al “realismo sucio”, en *La Virgen de los sicarios* (1994), novela que a través de múltiples reminiscencias y perspectivas –escatológicas, religiosas, literarias– se descubre en su dimensión trascendental y apocalíptica, ejemplo paradigmático de la literatura colombiana actual que, siendo una “colección de horrores”, se presenta “como una forma de espolear la conciencia aletargada de una sociedad que corre el riesgo de digerir sin empacho el sobrepeso de la violencia” (p. 214).

Frauke Gewecke

Fernando Degiovanni: *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo (Ensayos Críticos) 2007. 380 páginas.

En 1915, con seis meses de diferencia, aparecieron en Buenos Aires dos colecciones de libros que intentaron conformar un canon nacional. *Los textos de la patria* descubre cómo a lo largo de más de una década de publicación simultánea, esas series bibliográficas protagonizaron una batalla por los usos del pasado, y cómo sus directores –dos de los intelectuales más representativos del período: Ricardo Rojas y José Ingenieros– dejaron su impronta en el diseño de una tradición argentina en los años inmediatamente posteriores al Centenario de la Independencia. La investigación examina cuidadosamente las diferencias ideológicas dentro de la elite a partir de los criterios diver-

gentes usados tanto para la selección de títulos como para su producción y circulación.

Desde fines del siglo XIX tuvo lugar en la Argentina un proceso que culminó en 1912 con la sanción de la ley electoral e implicó transformaciones en diversos campos de la vida social y política. En un período de gran afluencia inmigratoria, la elite participó de manera activa en la invención de una tradición cultural para cohesionar a una población heterogénea en función de sus propios valores e intereses. En ese contexto, la Biblioteca Argentina a cargo de Ricardo Rojas y La Cultura Argentina de José Ingenieros comenzaron a editar un conjunto de textos del pasado (poéticos, ensayísticos, periodísticos, científicos, doctrinarios) que proponían compendiar los temas y símbolos de la “argentinidad”, configurando un canon a partir de ese eje primordial.

Degiovanni aborda en primer lugar los repertorios argentinos de la etapa previa al Centenario, con el fin de determinar las continuidades y rupturas operadas por Rojas e Ingenieros a partir de 1915. Durante el siglo XIX distintas antologías –en general de poesía– habían reunido composiciones para canonizar determinadas formas de escritura, mostrar el progreso cultural del país o aportar modelos para la educación retórico-estilística de la clase dirigente. En el último cuarto de siglo la consolidación del programa modernizador hizo emerger un nuevo concepto de nación, fuertemente ligado a la producción cultural y literaria. En ese marco, todo un corpus textual comenzó a ser preservado y leído a partir de su carácter “argentino”.

En la segunda década del siglo XX las colecciones de Rojas e Ingenieros pusieron en evidencia cambios en las formas de compilar y distribuir los “textos de la patria”. Degiovanni explica cómo compitieron a lo largo de más de diez años por

definir e imponer un canon nacional con criterios divergentes, y analiza cómo fueron pensadas esas selecciones —es decir, qué papel estratégico les fue atribuido— en dos proyectos muy distintos que compartían la confianza en el papel formativo de la letra escrita. La comparación muestra también varias condiciones comunes: en ambas series los títulos fueron escogidos por el tratamiento de temas e ideas funcionales al nacionalismo; las dos optaron por ediciones económicas destinadas a la mayor circulación posible en una etapa de crecimiento y diversificación del público.

Desde tiempo antes del lanzamiento de su colección, Rojas insistía en la necesidad de publicar una serie popular de “clásicos”. Al concretarla, privilegió la difusión de textos doctrinarios y mantuvo los presupuestos jerárquicos habituales en el ámbito de la alta cultura. Degiovanni revela que el Estado fue el principal comprador y distribuidor de estos libros en bibliotecas y escuelas, y que la serie se convirtió en parte estratégica de una máquina gubernamental de construcción y disciplinamiento del sujeto nacional mediante un proyecto canónico. De ese modo la aparición de la Biblioteca Argentina poco después de la sanción de la ley electoral se vinculó estrechamente con el objetivo de formar un electorado de perfil nacionalista.

Seis meses antes, La Cultura Argentina de José Ingenieros había iniciado su programa de imposición de otro canon y otro relato nacional. Su director no apostó a la protección oficial sino al mercado, lanzando su serie en un circuito alternativo al de las librerías y pasando por alto los modos convencionales de acceso a la cultura letrada. Frente a la hegemonía de la elite criolla provinciana representada y defendida por Rojas, afirmó la supremacía de una identidad blanca europea que incluía a los inmigrantes. Con un discurso

no exento de componentes racistas enfrentó la propuesta de su rival y sostuvo la preeminencia de una identidad colectiva al margen de las elites tradicionales. Postuló así la existencia de una “argentinidad” gestada por los patriotas ilustrados de las ciudades, de ascendencia europea e ideas “progresistas”.

Por otra parte, la investigación reconstruye en profundidad la intensa polémica sobre el saber en una etapa de creciente autonomización de las áreas de conocimiento. Muestra la importancia que tuvo el perfil disciplinar en los proyectos de Rojas e Ingenieros: mientras que el primero sostuvo la prioridad de la literatura, la filología y la crítica textualista, el segundo defendió el paradigma científico y la sociología. Eran matrices mutuamente excluyentes para el trazado de la divisoria entre intérpretes autorizados y no autorizados, textos legítimos e ilegítimos.

El epílogo traza la proyección del tema —el de las colecciones canónicas argentinas— a lo largo del siglo xx. El libro de Degiovanni produce importantes avances en la comprensión del período por el aporte de elementos nuevos y el planteo de cuestiones hasta hoy soslayadas. Su lectura suscita además numerosos interrogantes para líneas de investigación futuras (¿qué ocurrió en los procesos de lectura con el intento formativo de ambos proyectos canónicos?, ¿cuáles fueron los otros ejes de identidad y diferencia entre el “nacionalismo de estado” y el “nacionalismo de mercado”?). *Los textos de la patria* tiene la infrecuente cualidad de desplegar una erudición implacable en un libro de atractiva lectura. Y es un ejemplo de trabajo intelectual capaz de descubrir el interés de fuentes olvidadas para iluminar aspectos del pasado cuya relevancia hasta ahora no habíamos podido advertir.

Geraldine Rogers

Claude Cymerman: *La obra política y literaria de Eugenio Cambaceres (1843-1889): del progresismo al conservadurismo*. Buenos Aires: Corregidor 2007. 853 páginas.

El libro que acaba de publicar el profesor emérito Cymerman es el resultado de una larga investigación, por no decir de toda una vida académica. En la base está su tesis de doctorado de Estado (en francés), presentada en 1979 en la Universidad de Toulouse, pero significativamente corregida y aumentada. Desde aquella fecha hasta hoy, Cymerman ha dedicado otros estudios al autor argentino, la mayoría de ellos recogidos en su libro *Diez estudios cambacerianos* (1993) y ha preparado las ediciones críticas de las novelas *En la sangre* (1984) y *Sin rumbo* (1999). Tengamos, además, en cuenta que, en 1979, aunque ya habían visto la luz algunos breves estudios de Rodolfo Borello, Ángela Blanco Amores, Alberto Blasi, Kamil Uhler, Noé Jitrik y David Viñas, la obra de Cambaceres era todavía casi desconocida fuera de Argentina, lo que hace de Cymerman, junto con Donald Stewart y Alexandra Tcachuk, un pionero. Desde entonces no sólo se han publicado numerosos estudios breves sobre el autor, sino también tesis doctorales, libros o partes de libros, como es fácil comprobar en la amplia bibliografía del libro del crítico francés. Sólo se echa de menos una tendencia actual, inaugurada por Gabriela Nouzeilles (tesis de 1994, artículos y, en 2000, *Ficciones somáticas*), la cual ve las novelas del naturalismo argentino como ficciones patológicas armadas sobre los estudios de la medicina de la época.

A lo largo de los años, por suerte, se han superado ciertas falacias, como la de ver en los personajes y situaciones reflejos autobiográficos, y la fuertemente ideologizada de los intelectuales en torno a la revista *Contorno*. Aunque Cymerman tam-

bién intenta trazar una semblanza psicológica del autor (pp. 85 ss.), sabe aprovechar una gran diversidad de materiales (cartas, críticas de la época, fotos, reseñas, certificados de registros...), en buena parte aportados por él mismo en una minuciosa labor de investigación, que evita la facilona equivalencia entre obra y persona, incluyendo la tan cacareada misoginia. Sin embargo, como lamenta el propio investigador, aún quedan muchas incógnitas por desvelar, como los contactos de Cambaceres con autores naturalistas en Francia y sus lecturas, gran parte de su correspondencia, sus escritos periodísticos, etc.

El libro está dividido en cinco partes. En la primera, se analizan el contexto político-económico del último tercio del siglo XIX, la llamada “Generación del 80” y las fuentes literarias de su obra. La segunda está dedicada al hombre Cambaceres, su vida privada y política, y su faceta como crítico. La tercera analiza detalladamente sus cuatro novelas. Cymerman divide la obra de Cambaceres en dos épocas: la primera, la “cosmopolita”, caracterizada por su crítica de la sociedad argentina y apertura hacia Europa y el progresismo; la segunda, la “nacionalista”, por su rechazo a la inmigración y una vuelta hacia cierto tradicionalismo y conservadurismo. Son destacables las 140 páginas dedicadas a *Potpourri*, hoy poco tenido en cuenta, frente a la fervorosa acogida en su momento, con nada menos que tres ediciones en un año. Fue el propio Cymerman quien en su momento (“Cinco claves...”, 1970) aclaró el trasfondo y los nombres históricos ocultos en la farsa; pero más allá de estos datos ofrece un análisis profundo de temas, estructura y estilo, aparte de las comparaciones con obras francesas afines. La quinta parte constata en forma de síntesis cierta evolución (en ideas, temática, influencias, estructuras literarias, estilo...) frente a la “permanencia” de símbolos e imágenes. En la breve “Conclusión”, el pro-

fesor Cymerman resume la evolución del escritor desde el progresismo y cosmopolitismo hacia el conservadurismo ante el “avance de los ambiciosos y advenedizos” de una inmigración cada vez más arrolladora, para concluir enumerando los méritos innegables de la obra innovadora del autor argentino, entre ellos el de haber roto con las normas académicas y haber creado un estilo hablado, una lengua criolla (p. 583).

De los anexos que cierran el libro son especialmente valiosas la reseña de Cambaceres, publicada bajo el pseudónimo Tinkhe, del *Mefistófeles* de Boito, ya que es muestra de sus conocimientos musicales y teatrales; las más de 200 entradas sobre la recepción del naturalismo francés en la prensa porteña que, en el futuro, podrán servir para una mayor profundización en el tema, y algunas de las más sustanciosas reseñas de las novelas cambacerianas en la prensa de la época, como muestra de un primer enfoque recepcionista.

En fin, aunque cabe alguna discrepancia menor –como que aún se emplee el término “generación” y su voluntariosa restricción para excluir a otros escritores (los del “sexto” y “séptimo conjunto”) para mantener un enfoque del conjunto muy de los años sesenta y setenta como escritores “dilettantes” y de “géneros menores”–, no cabe otra cosa que rendirse ante este tan exhaustivo estudio y felicitar a su autor.

Rita Gnutzmann

Marcin Kazmierczak: *La metafísica idealista en los relatos de Jorge Luis Borges*. Madrid/Barcelona: Ciudadela Libros SL/Ratio/Universitat Abat Oliba CEU 2005. 383 páginas.

Marcin Kazmierczak, profesor de literatura universal en la Universidad Abat

Oliba CEU de Barcelona, lleva a cabo en la presente obra (versión comprimida de su tesis doctoral) un rastreo sistemático de las fuentes filosóficas y místicas fundamentales en la obra de Jorge Luis Borges. Una investigación cuyo objetivo principal es revelar e interpretar la “transformación literaria” de estas ideas filosóficas.

Tras una introducción que plantea con claridad los propósitos y etapas del trabajo, el primero de los capítulos reflexiona sobre algunas cuestiones estrictamente literarias con miras a un correcto acercamiento a la temática filosófica en la obra de Borges. Se tratan asuntos de la envergadura del “universalismo y el espíritu argentino”, muy estudiado por la crítica. Kazmierczak acierta cuando escribe “que sería un error plantear la cuestión de la indudable tensión entre estas dos facetas del autor de *Ficciones*, a base del esquema de una relación excluyente” (p. 38). Enseguida, y siempre transcribiendo pasajes del texto de Borges que avalan las referencias vertidas por el autor del estudio y a la vez configuran una verdadera invitación a la lectura del texto original, se presentan conclusiones de tipo literario; conclusiones que funcionan como fundamento textual para encuadrar la tesis principal del libro que sólo verá la luz al final del texto, al momento de la conclusión. De ese modo va definiendo el perfil de Borges precursor, en muchos aspectos, del anti-realismo y del antinaturalismo en literatura, avalado por la tesis de “leer es reescribir”, del entramado entre realidad y ficción, de la realidad al servicio de la obra, o en relación con la poética del sueño.

De gran relevancia para la investigación resultan las páginas dedicadas al estudio del espacio y el tiempo. Respecto del espacio Kazmierczak nos recuerda que para Borges es circular, laberíntico y reflejado en un juego de espejos, además de ser paradójico y de suponer el dualismo entre

un espacio material y otro ideal. La teoría del espacio en Borges se convierte en un elemento literario que le facilita “acosar la realidad”, invadirla, restarle toda objetividad. El estudio del tiempo conlleva consecuencias semejantes, puesto que también pierde su valor objetivo. Borges refuta la construcción lineal del tiempo llegando hasta atacar su misma existencia. Otro elemento importante de este primer capítulo gira en torno del protagonista y del narrador. El estudioso va mostrando de manera congruente cómo el protagonista pierde identidad, y el narrador se descompone llevándole a calificar de “aniquilista” la representación borgiana del mundo.

Desarrolladas estas disquisiciones literarias de modo exhaustivo, el lector está preparado para comenzar con el estudio de las fuentes filosóficas. El segundo capítulo las recorre pormenorizadamente, empezando por destacar a quienes despertaron en Borges un auténtico interés por la filosofía: su padre Jorge Guillermo (autor de una novela que mereció los respetos literarios de su hijo), Casinos-Assens, Macedonio Fernández y Xul Solar. El autor se detiene en la influencia griega, específicamente, en Heráclito, Platón y los neoplatónicos, posteriormente en el neidealismo británico de Berkeley, Locke y Hume, y en el voluntarismo de Schopenhauer. Es de resaltar la constante relación que Kazmierczak pone en práctica entre la teoría de estas ideas filosóficas y la obra literaria de Borges. En este sentido resulta remarcable la eficaz factura de una serie de cuadros comparativos que materializan lo avanzado en la introducción insistiendo sobre “la transformación literaria de las ideas filosóficas” practicada por Borges.

El tercer capítulo emprende meticulosamente el estudio de la muy interesante materia del contenido místico en la obra borgiana, la influencia cabalística. La disminución de la importancia del concepto

de paternidad literaria y el pantexto, el rechazo de la autenticidad de la creación, la recuperación borgiana del motivo del Golem, la idea de microcosmos y el rechazo de la individualidad, son cuestiones que, entre otras, vinculan estrechamente la literatura de Borges con la cábala. El autor trata asimismo la analogía con las propuestas del gnosticismo cristiano, en particular la consideración de la realidad material como intrínsecamente mala, consideración de la que resulta el motivo principal de divergencia entre Borges y la cábala. El desarrollo recorre con habilidad las diferentes pistas que vinculan, de manera nada sistemática ni objetiva, tanto la mística cabalística y la gnóstica con la literatura de Borges.

La conclusión tiene función de recapitulación y comprensión final de la totalidad de la investigación. El perfil de Borges teórico de la filosofía deja paso al literato que hizo suyo el mundo de los esquemas lógicos, pero sólo como pretexto estético. El texto nos devuelve al escritor por excelencia “que utilizó la filosofía como la fuente de sus motivos literarios” con la genialidad de saber “ilustrar las ideas filosóficas mejor que quienes las inventaron” (p. 305). Lugar destacado ocupan dos apartados relativos a la completa cronología de la vida y obra del escritor argentino y a la selecta y pertinente bibliografía de suma utilidad para los investigadores en la materia. El autor responde asimismo con solvencia a la problemática de las relaciones interdisciplinarias que se suscitan entre filosofía y literatura, inclinándose por la preeminencia de la segunda en el quehacer de Borges escritor sólo después de haber recorrido con autoridad la primera. El texto no se conforma con la erudición investigativa, que por otra parte cumple con creces, si no que funciona como un auténtico homenaje a la obra escrita de Jorge Luis Borges.

Agustín Emilio Casalía